**Mª Ángeles López Romero.**01-10-2012



**En otoño, primavera**

**50º aniversario del Concilio Vaticano II, cuando se abrieron las ventanas en la Iglesia**

**Hace ahora 50 años daba comienzo el acontecimiento más importante de cuantos han tenido lugar recientemente en la Iglesia. El papa Juan XXIII inauguraba oficialmente el Concilio Vaticano II, que hizo crecer la hierba como quizá nunca antes se había visto en los campos fatigados de la Iglesia. Ha llovido mucho desde entonces y la hierba ha amarilleado. Pero no faltan creyentes decididos a abrir de nuevo las ventanas para que entre de una vez y para siempre la hermosa primavera.**

Ventanas abiertas, aire fresco, primavera... No es un anuncio de suavizante para la lavadora ni un fondo de escritorio para el ordenador, sino un resumen de las más comunes metáforas que se han empleado a lo largo de estos cincuenta años para describir lo que el Concilio Ecuménico Vaticano II significó. Pero de esto ha pasado medio siglo. Una eternidad para muchos. ¿Merece la pena seguir hablando de ello? ¿Su efecto refrescante sigue vigente o ha quedado reducido a un apunte grueso en el infinito libro de la Historia?

Si preguntamos a los más jóvenes creyentes comprometidos quizá sorprenda descubrir que muchos de ellos no saben bien de qué hablamos cuando hablamos del Concilio. Un proceso que congregó durante tres años a 2.450 obispos y 3.000 auditores. Que incorporó por primera vez a laicos y, aunque mínimamente representadas (¡23 de 3.000!), a mujeres. Que generó 4 constituciones, 9 decretos y 3 declaraciones que han condicionado la vida de la Iglesia, su estructura, liturgia o manera de relacionarse con el mundo, la clase obrera, el poder político u otras religiones desde entonces hasta hoy.
Álvaro Mota, estudiante de Piano de 22 años y responsable de la Juventud Estudiante Católica (JEC) de Badajoz, asegura saber poco de ello, e incluso sugiere que le dejemos tiempo para documentarse antes de contestar. Sin embargo, desde su sólo aparente ignorancia, responde con rotundidad que el Concilio “fue una revolución en la Iglesia. Se dieron pasos muy importantes para conectar, por ejemplo, la liturgia con la realidad.

Porque por lo visto antes se daba la misa en latín y con el cura de espaldas”, comenta tan extrañado de aquello como un nonagenario explicando el funcionamiento de internet. Se refiere Álvaro, autor del blog Vivencias y cadencias, a la reforma litúrgica derivada de la Sacrosanctum Concilium, primera de las constituciones conciliares, que vio la luz en diciembre del 63.

Piedad Yélamos, sevillana de 66 años y suscriptora de 21, recuerda con singular viveza estos y otros efectos inmediatos producidos entonces en las iglesias domésticas. “El que el sacerdote se pudiera vestir de seglar o las mujeres pudiéramos quitarnos el velo, la comunión en la mano o nuestra participación en la liturgia aunque no tuviéramos acceso a los ministerios... Pero lo que más recuerdo es cómo nos pusimos en marcha en una Iglesia que estaba frenada, orientada hacia el temor, el pecado, la condena. Aquella apertura a descubrir a un Dios amor que comprende y perdona a todos. Romper las ataduras y tener mucho más presente en nuestras vidas a Jesucristo y su mensaje”.

Sin embargo, a día de hoy, contempla con pesadumbre cómo el paso del tiempo ha ido dejando una gruesa capa de polvo sobre muchas de las reformas iniciadas. “Algunas no llegaron prácticamente a ponerse en marcha y en otras la Iglesia ha frenado o ha dado pasos atrás”, afirma esta laica que sigue comprometida en su comunidad parroquial.

**Iglesia más plural**

Pese a ese velo de polvo denunciado por Piedad, que el tiempo y quizás cierta desidia han depositado sobre parte de su legado, el Concilio Vaticano II sigue sin embargo en boca de casi todos en la Iglesia, a veces incluso con interpretaciones absolutamente dispares de sus frutos. Uno de quienes vivieron de cerca sus efectos es el historiador Juan María Laboa, para el que, si comparamos la vida y la organización de la Iglesia antes y después del Concilio observaremos que los cambios han sido muy importantes, a pesar de que todavía quedan muchas decisiones e intuiciones conciliares por ponerse en práctica. “La Iglesia es menos italiana y europea y más plural. Las iglesias tienen mayor autonomía y más personalidad propia. El clero y los religiosos son menos casta y gueto y más testigos inmersos en su pueblo. La liturgia es más comprendida y más participada. Los laicos no han ganado mucho, pero, ciertamente, tienen una autoconciencia de su papel y su autonomía antes impensable”.

Isabel Gómez Acebo, teóloga laica, cuenta que en el ámbito español, “muchos sectores eclesiásticos tenían poco empeño en que los fieles siguiéramos lo que estaba pasando en las aulas conciliares”. De ahí que ella, recién casada por aquel entonces, hiciera poco caso a su desarrollo. Fue más tarde, cuando inició sus estudios de Teología, que reparó en “su mirada apreciativa sobre el mundo y que se nos reconociera a los laicos nuestra participación en la Iglesia y la existencia de la conciencia como último baluarte de toda actuación. Dejábamos –concluye la ex profesora de la Universidad Pontificia Comillas– de ser simples ovejas”.

**Avances sin retroceso**

A diferencia de Laboa y Gómez-Acebo, por su edad, José Luis Segovia apenas amanecía a la vida cuando se celebraba el Concilio. Sin embargo, el actual director del Instituto Superior de Pastoral, en Madrid, reconoce que le ha afectado también, “a toro pasado”. “En mi caso, la irrupción del Vaticano II supuso encontrarme de bruces con la aplicación del Concilio a la formación de los candidatos al ministerio presbiteral: pequeñas fraternidades formativas, inserción en las parroquias y barrios, estudio, oración y celebración desde la vida y los problemas de la gente…”, revela.

Por eso, está convencido, como Laboa, de que los grandes avances no tienen retroceso posible. “La historia se abre paso progresando en forma de dientes de sierra, en zig-zag. Hay momentos realmente esperanzadores de avance (de zig) y otros de repliegue y de despiste (de zag). Pero siempre dentro de una dinámica de superación. Posiblemente ahora estemos más en zag que en zig. Con todo, el Concilio ha supuesto un vendaval del Espíritu de tal magnitud que sus consecuencias son felizmente inevitables a largo plazo”.

Laboa abunda en ello: “El Concilio consiguió que ardieran de nuevo con ímpetu las brasas ocultas por tanta ceniza acumulada por los siglos y que los creyentes se desembarazaran de la rutina y de la desesperanza”. Y según reconocen muchos, sus efectos trascendieron los márgenes de la Iglesia para alcanzar, al menos en España, a la sociedad laica y dejar alguna huella en espacios aparentemente alejados como el ruedo político o el mundo obrero. “La Transición, tal como la conocemos, no hubiera sido posible sin un cristianismo dialogante, con una profunda sensibilidad social y una aceptación de la democracia sin recelos, tal como fue conformándose a partir de la celebración del Concilio. El respeto por los demás, la humildad institucional y la búsqueda junto a otros grupos de la verdad y el amor adquirió nuevo ímpetu”, sostiene el historiador, homenajeando sin nombrarlo al fallecido cardenal Tarancón.

Herencias hermosas a las que Segovia añade de su cosecha, mirando nuevamente de puertas adentro,“la apuesta decidida por los perdedores, la centralidad del laicado y su corresponsabilidad, la autoridad como servicio, la comunión como clave para entender las relaciones iglesia local-universal, obispos-papa, la inteligibilidad de las celebraciones... sin olvidar el giro habido en el ecumenismo y la libertad religiosa”.

**Olvidos**
Sin embargo, reconoce también que el paso del tiempo ha provocado olvidos y retrocesos, seguramente porque “teniendo mucho de programático en su espíritu, el Concilio no dejó una hoja de ruta perfectamente definida”. De ahí que a su juicio quede mucho por desarrollar en los niveles “más paganizados de la Iglesia” para quitarse, afirma, “ese polvo imperial incrustado al que se refería Juan XXIII: formas de organización más porosas al protagonismo de los laicos, cauces de participación más colegiales y sinodales,
sensibilidad hacia el papel de la mujer, tomarse en serio la dimensión estructural del pecado y de la pobreza, asunción cordial del pluralismo, la voluntad de ser menos poder y más servicio, la urgencia de volver a lo esencial y la necesidad de desideologizar la experiencia cristiana, demasiado identificada con determinadas formas histórico-culturales”.

**Abrir las fosas vacías**

En algunos de estos aspectos, alerta Isabel Gómez-Acebo parafraseando a León XIII, “la curia se mostró remisa a enterrar muchos cadáveres que han seguido lastrando a la Iglesia e impidiendo que lo reflexionado en el Concilio se llevara a la práctica”. De ahí que, ahora que se celebra el cincuentenario de su celebración, reclama, “sería un buen momento para abrir de nuevo unas fosas que están vacías y aligerar de pesos muertos la presentación de nuestro credo”.

La presencia de las mujeres es desde luego uno de los grandes aspectos que ha quedado en el olvido y provocado la desilusión, como explica en un artículo junto a estas líneas, la religiosa Dolores Aleixandre.

Pese a esto, Segovia cree que hemos avanzado sustancialmente en los aspectos más significativos, aunque hayamos retrocedido en otros. “Hoy en día, es posible que algún sector de la jerarquía no resulte entusiasmante, pero el común de la gente en cualquier parroquia o movimiento vive y celebra la fe con más coherencia y autenticidad, con más conciencia de su papel apostólico, con mucha más solidaridad; incluso cuestiones que en otros momentos eran patrimonio de unas élites comprometidas, son ahora misión compartida de todos. Me refiero, por ejemplo, a la opción preferencial por los pobres, la solidaridad o a la defensa de los derechos humanos”.

**Circo, humo y ruido**

Curiosamente, no son pocas las voces que ven precisamente en estos signos las causas del declive de lo religioso en la sociedad española. José Miguel Arráiz rescata en su web Apologética católica un texto aparecido en uno de los muchos foros católicos conservadores que perviven en la Red: “Después del Concilio Vaticano II, quitaron los púlpitos de las iglesias, muchos sacerdotes tiraron la sotana, se aliaron con el comunismo (teología marxista de la liberación), el racionalismo, el humanismo, el modernismo, con lo que se mundanizaron en testimonio, se protestantizaron en liturgia, y acomodaron la sana doctrina de Cristo a filosofías y doctrinas de hombres. Con lo que surgió una Iglesia de guitarristas, bailarines, conferenciantes, charlatanes, catequistas (que no saben lo que enseñan ni entienden lo que dicen), encuentros, comidas... circo, humo y ruido”.

Sin llegar a esos extremos en la crítica, el director de la revista Catequistas y autor de numerosos libros sobre liturgia y pastoral, Álvaro Ginel, reconoce que en los primeros años se produjeron no pocos resbalones en la aplicación de las innovaciones que traía el Concilio. “Al menos en un primer momento, las novedades que se produjeron fueron cambios o modas, pero no transformación o renovación. En algunos momentos –ejemplifica el salesiano– hubo personas que dieron más importancia a textos de autores que al texto bíblico. Hoy mismo soy testigo de celebraciones y vigilias de preparación al sacramento de la Confirmación donde no se proclama la Palabra de Dios pero no falta uno de esos power points que circulan de aquí para allá”, comenta con humor.

Los abusos, a su juicio, han sido fruto de la ignorancia o el atrevimiento. “Tengo la sincera impresión de que nadie quiere maltratar la celebración litúrgica. Sin embargo, al mismo tiempo hay poco interés por conocer más lo que es la celebración cristiana. Otras veces, hay que confesarlo claramente, la raíz está en un cansancio o aburrimiento. Hay presidentes de la Eucaristía que hacen pensar a los demás participantes: ‘Eso no te lo crees ni tú’, ‘Estás actuando de oficio, pero no vives lo que haces’. Y surgen reacciones en cadena, sencillamente para hacerlo de otra manera”. Pero, para Ginel, la renovación es “hacer nuevo algo de acuerdo con lo más originario, y no cambiar por cambiar, porque nos aburre lo de siempre. El mucho cambiar por cambiar creo que trae más aburrimiento y de manera más rápida. Un aburrimiento que se da lamano con usar y tirar…”.

**Los signos de los tiempos**

El joven Álvaro Mota, en cambio, reclama más radicalidad en el cumplimiento de las propuestas conciliares porque “somos muchos los que creemos que esa es la línea que tiene que seguir la Iglesia: discernir los signos de los tiempos”. Aun reconociendo que los cincuenta años post-conciliares han resultado difíciles y conflictivos (“una parte de la Iglesia ha achacado al Concilio buena parte de las dificultades, a menudo, creadas por no haberse puesto en práctica a tiempo sus decisiones; otros han gastado sus vidas intentando ser fieles a sus postulados; mientras que no pocos confundieron sus deseos con el espíritu conciliar y no pocos pensamos que quienes fueron la minoría conciliar han gobernado la Iglesia en los últimos decenios, provocando una esquizofrenia interior peligrosa”), Laboa concede espacio para la esperanza al asegurar desde su elevado conocimiento de la historia eclesial que un concilio termina por salir adelante y por imponer sus grandes intuiciones. “En gran parte depende de nuestra capacidad de ser fieles, constantes y generosos”.

Diego Tolsada, sacerdote marianista y, entre otras cosas, miembro del consejo asesor de la Cátedra de Teología Chaminade, va un poco más allá al defender la necesidad de volver a desear aquello que supuso el Concilio. ¿Por qué? Parte de su propia experiencia: “Comencé precisamente el año 1962 mi aventura personal en la vida religiosa, unos meses antes del comienzo del Concilio. Mi noviciado se pareció más al modelo clásico que se podía vivir en pleno siglo XIX que a lo que estábamos siendo invitados a vivir y viviendo muy tímidamente cinco años después. En ese cambio experimenté dos cosas básicamente: un mayor (mucho mayor) respeto a la libertad y dignidad personal de cada uno y un mayor (mucho mayor) ajuste entre lo predicado en la Iglesia como fundamental del Evangelio y las necesidades y expectativas de la sociedad y de la cultura moderna”.

**Creyentes de este mundo**

Tolsada disfrutó, según sus palabras, una experiencia enormemente liberadora: “Podía ser al mismo tiempo persona y creyente en el mundo en que me había tocado vivir, sin renunciar para nada a lo más serio del proyecto cristiano y de la vida religiosa y sin tener que renunciar a la cultura y al mundo en que había nacido”. Por eso cree que los creyentes tienen el derecho y el deber de seguir trabajando para poder ser fieles discípulos de Jesús en la cultura y la sociedad que les ha tocado vivir.

Sin embargo, no confía demasiado en el efecto que puedan tener las celebraciones convocadas con motivo del cincuentenario. Entre otras cosas, porque en este medio siglo han cambiado muchas cosas tanto en la sociedad como en la Iglesia. “No estamos como el día siguiente a la clausura del Concilio. Por un lado nos hemos hecho más conscientes de sus limitaciones internas. Por otro, hay una explícita y positiva línea restrictiva de su aplicación, que se ha concretado en toda una política vaticana de minimización de sus efectos, apoyada en un episcopado y un determinado tipo de sacerdotes, que ofrecen fuertes resistencias a los cambios. Y esto va a durar”.

**La ocasión del aniversario**

Pero Tolsada también reconoce que la sociedad a la que hoy tiene que dirigirse la Iglesia no es la de hace cincuenta años: “La globalización (con toda su complejidad positiva y negativa), la salida de la religión, la evolución de la ciencia y su repercusión en la ética y en la moral, hacen que las preguntas y las respuestas tengan que ser distintas”. No obstante, el marianista espera que el aniversario pueda servir de ocasión “para tomar conciencia de las nuevas necesidades, angustias y gozos de nuestro mundo y para que la Iglesia quiera ponerse de nuevo en función de ellas, más que en función de la simple supervivencia de un modelo concreto de comunidad eclesial que ha dado ya muestras más que sobradas de su impotencia y de sus miedos”.

Es por ello que amplios sectores de Iglesia aspiran a algo más que la celebración de lo vivido: demandan la convocatoria de un III Concilio. En la primavera de 2002, respaldada por la firma de más de 40 obispos de la Iglesia Católica, las 22 conferencias religiosas latinoamericanas y más de 10.000 personas, se lanza públicamente Proconcil, Iniciativa Hacia un Nuevo Concilio. “Desde mediados del extenso pontificado de Juan Pablo II había ido creciendo un clima de polarización y desconfianza en la Iglesia, una separación fáctica entre base y jerarquía; el clima dominante no facilitaba la investigación teológica; los rápidos cambios a los que la sociedad estaba sometida repercutían en un alejamiento de creyentes y no creyentes respecto a la institución y a los lenguajes eclesiásticos. Si el Vaticano II había supuesto tender puentes entre la Iglesia y la sociedad, algunos de estos puentes, además de cortados o debilitados, se revelaban ya insuficientes ante los nuevos retos y la evolución de la complejidad social y eclesial”, explica Emilia Robles, fundadora y coordinadora de Proconcil.

Según cuenta, la conciencia crítica que empieza a emerger en la Iglesia en torno a los años 90, se reveló insuficiente a sus ojos para gestionar el cambio necesario. Desde entonces, Proconcil ha trabajado para tender puentes, facilitar la comunicación entre diferentes colectivos y sensibilidades de Iglesia, con otras Iglesias y confesiones y también con diferentes sectores de la sociedad. Su objetivo, afirman, es aprender a gestionar el pluralismo: “Poder compartir visiones y lograr consensos amplios sobre temas que afectan a una mayoría y que hoy no admiten dilación, como el compromiso de la Iglesia por la Paz, en el marco de un desarrollo sostenible, que proteja y recupere los equilibrios en el Planeta, atendiendo de manera preferente a los pobres como principales afectados”.

Y aunque demandan reformas intraeclesiales en torno a los ministerios, la moral sexual o la libertad teológica, apuestan por supeditarlos al entendimiento entre sectores de Iglesia que pueden diverger entre ellos, y que “tendrán que unir sus esfuerzos, por encima de sus diferencias, para comprometerse más eficientemente en la gran tarea evangelizadora”. Optan pues por no romper la baraja y evitar la presión del factor tiempo que supondría fijaruna fecha concreta. Apuestan por “el logro de consensos amplios, en un clima de comunión dinámica y multidireccional”.

**Hacia un nuevo Concilio**

Esta actitud de Proconcil, fruto de una evolución, ha podido provocar, reconoce Emilia Robles, el distanciamiento de algunos sectores o colectivos que les apoyaron en inicio esperando una acción “más reformista-litigante”. “Desde un principio, lo que queríamos transmitir es que nos implicábamos en una dinámica de proceso conciliar. Esto señalaba una actitud participativa, de proceso y de algo que se pone ya en marcha con tiempos amplios; no tanto en esperar un evento en forma de convocatoria de un Vaticano III. Pero muchos se quedaron (y es natural) con la imagen de la carta dirigida al Papa pidiendo un Nuevo Concilio; e interpretaron que eso era lo que pedíamos en Proconcil; cuando en realidad, más que pedir, estamos ya trabajando en ello”.

Ya en esa carta, publicada en 2002, se hablaba de un concilio en forma de proceso participativo y corresponsable, aprovechando las nuevas tecnologías, en dialogo y colaboración con otros sectores, religiosos y sociales. “No podía ser sólo una repetición mejorada de un concilio de obispos en el Vaticano. En eso no ha habido cambios”. Hay quienes siguen debatiendo, no obstante, si es o no conveniente convocar un nuevo concilio en este momento, pero Proconcil se sitúa en otra onda: “El gran tema al que hay que ir respondiendo es ¿qué Iglesia necesitamos para hacer frente de manera más eficiente a los grandes retos que afligen a la Humanidad, al Planeta y en particular a los más pobres?”, concluye Robles.

El joven Álvaro Mota, más rotundo, ve fundamental la convocatoria de ese nuevo concilio “porque hoy más que nunca la Iglesia tiene que volver a aferrarse a la realidad y tomar como suyos los problemas del mundo”. En dicho foro sería obligado, a su juicio, revisar la imagen de la Iglesia y ver en qué medida está respondiendo a las demandas y necesidades de la gente. También su estructura, “que es la menos democrática del mundo”. Y hacerlo contando con todos, incluso no creyentes. Porque, concluye, “conciliar es aunar cosas distintas y contar con otros puntos de vista”.

**Más democracia**

La democracia es para Tolsada una de las grandes grietas que empiezan a percibirse en el muro levantado en torno al Concilio, aunque no la única. “El aumento de la sensibilidad democrática en todo el mundo pone muy en duda el sistema de gobierno eclesiástico actual; el divorcio creciente y el foso cada vez más profundo entre los avances de la ciencia y de la técnica y la postura inmovilista de la doctrina oficial en estos campos… La Iglesia, especialmente en el campo de la cultura juvenil (a pesar de las grandes concentraciones momentáneas, más ilusorias que eficaces a largo plazo) ha dejado de ser un punto de referencia para nuestros contemporáneos. Son grietas o, tal vez, más que grietas que nos deberían preocupar mucho más de lo que nos preocupan y ayudarnos a abrir los ojos a la realidad”.

Por eso José Luis Segovia se contentaría, lo reconoce, con el despliegue del Concilio Vaticano II. En todo caso, considera que sería imperdonable “vacunar a nuestros contemporáneos contra la experiencia de Dios por una inadecuada presentación del mensaje”. Por ello urge “a afrontar, con obras más que con palabras, los grandes dramas y anhelos de la humanidad y no distraernos en estériles disputas eclesiásticas”. Porque, como recuerda el marianista Tolsada, “el camino que no se ha cerrado es el del servicio de la caridad: los medios de comunicación, tan sistemática y, a veces, tan tendenciosamente críticos con la Iglesia, siguen manteniendo una actitud muy positiva ante los creyentes que dan la vida por sus hermanos. Jamás nos han criticado por ello, al contrario”, comenta con ironía.

La receta, en opinión del director del Instituto Superior de Pastoral, es la vuelta a lo esencial, “al Evangelio sin glosa, el retorno al lugar natural de la Iglesia: los pies de todas las cruces, fijos los ojos en el Señor. Si no, no habrá nueva, novísima o supernova evangelización que valga. Ese es, creo yo, el Vaticano III que precisamos con urgencia”.

Por todo ello, y pese a las murallas, Diego Tolsada sigue creyendo en las mimosas en febrero, como rezaba el título de una conferencia que impartió sobre este tema hace unos años. Porque participa activamente en la vida de comunidades de laicos muy comprometidos. Porque hay mucho más seguimiento de Jesús que el que parece, afirma. Y porque, concluye, la realidad se emperra en ser tozuda. “Es invierno eclesial, pero sigue habiendo mimosas y almendros que anuncian, no sabemos bien para cuando, la primavera”. ¿Abriremos las ventanas para verlos florecer? •

Publicado en: <http://www.21rs.es/news/view/8307>